

Cada vez que me veo con Clara, se dice De la Torre, nos amamos. Fue así desde la primera vez, por no decir desde el primer instante. Desde el principio. Sin embargo, después de habernos dado, no se nos ocurre llamarnos por teléfono. Tampoco dejamos mensajes en el Smartphone ni establecemos citas. Dejamos que el azar...

Al volvernos a ver, como fue la primera vez, nos lanzamos a los brazos. Nos amamos. Incluso hay veces en que nos hemos cruzado en la vereda sin ni siquiera detenernos. Saludamos levantando las manos, al vuelo o mandando besos que vuelan...

Todo empezó así, sonrío De la Torre mirando la foto de Clara en la pantalla de su teléfono de mano que consulta para ver la hora. Antes ha pedido un vaso de cerveza. Mucho antes, agobiado por el calor, se había sentado, a la sombra, en una mesa de la terraza de un café en Place des Vosges, en París, recordando lo que ella, al volver a aparecer, le había dicho poniendo su boca muy cerca del oído: ¿Por qué no me has llamado? Dijiste que lo harías. Me dejaste colgada.

Con Clara, recuerda con agrado, había quedado en que nos veríamos, no precisamos cuándo ni dónde, para hablar del tema provocador que yo había lanzado durante una reunión de amigos a las orillas del Sena: Para qué hacer el amor si ya se ama. Se debería hacer el amor para llegar a amar, palpar el alma, y, al llegar a ella, viajar a otra dimensión. Pero hacer el amor por hacer el amor..., no hay interés alguno. Sí el gusto por el gusto, agradable, pero inconcluso.

Recordando los rostros que pusieron sus amigos y amigas, sonrío De la Torre, bebe un sorbo de cerveza pensando que no hay nada más inadecuado para el paladar que beber una cerveza caliente, vino tinto frío, café con azúcar —el café debe ser amargo o no lo es—, poner agua o hielo en el güisqui, mezclar vodka con jugo de naranja. Existen tantas y tantas mezclas indecentes, vuelve a sonreír dejando ver, a la vez, la mueca de desagrado, como si en esos momentos hubiera mordido una naranja agria o hallado una mosca en el interior de una taza de chocolate.

No solo eso dije aquel 12 de julio, dos de la mañana, sonrío; también lancé para juntarse o convivir con una persona hay que, primero, admirar la inteligencia, su modo de ser, de cómo se comporta en la mesa mientras se come. Es sumamente desagradable compartir lo que sea con alguien que no sabe comer con dignidad. La candidata o la que nos ha lanzado ojitos al corazón debe tener sentido del humor. Que le guste lo que a uno le gusta. Por ejemplo, caminar, tomados de las manos, entrelazados los dedos, en silencio. Ir en bicicleta por el campo, por la carretera, por senderos y por el centro de la ciudad, por la periferia. Los viajes en auto, tren, avión, bus. Que no se maree en ninguno de esos transportes. Que le guste comer todo aunque no cocine nada, ni huevos fritos. Hay tantas cosas en común que hacen que la pareja sea eso, la pareja. Es ingenuo decir lo que me falta a mí lo tiene ella. La estatura, para De la Torre, también es importante. De esa persona uno debe sentirse atraído, y no porque uno ha caído o resbalado, o se ha enamorado como una bestia —el nombre lo indica— en las redes o laberintos del amor. Enamorarse como una bestia, pues, encoñarse o enchucharse, no es nada del otro mundo. Enamorarse, vuelve a sonreír, está al alcance de cualquiera.

Pero, claro, sigue sonriendo De la Torre, ¿más vale ser cualquiera que vivir solo? Más de una de mis amigas y amigos han preferido o han adoptado ese detalle o postura. Prefieren ser consideradas o considerados unos cualesquiera que vivir solas o solos. Ellas, ir orgullosas, pavos

reales, mostrando su maternidad; y el hombre igual, pretencioso, caminando junto a ella como si haberla dejado encinta fuera un asunto del otro mundo. Cualquier mujer puede quedarse encinta. Cualquier hombre puede ir empujando el carrito donde duerme el bebé. Nada del otro mundo. Ni de excepcional.

Otros dicen que enamorarse es acto poético; algunos comentan que es irracional, cósmico; los creyentes, que es un don de Dios. Divino, dicen otros. ¿El divorcio o las separaciones dolorosas? ¿Obra de quién es? ¿De quién es la culpa? ¿Del o de la que se ha vuelto a enamorar como una bestia! Sabiendo, o no lo saben, que enamorarse de ese modo no dura el tiempo que dura el amor inteligente, sabio pero no calculado, silencioso pero no callado. Solo cuando se hace el amor debe surgir el enamorarse como una bestia. De lo contrario, el enamorarse como caballo desbocado es tremendamente destructivo para los que han caído en sus redes o para los que se han quedado en el vacío de la tortura constante de la espera, afirmaba De la Torre.

El amor, como yo lo concibo, seguía diciendo, sin ser divino, es algo superior: hay que alcanzarlo, merecerlo. Inteligentemente se consigue. Para provocar aún más, sonreía, cuando siento que me estoy enamorando como una bestia, huyo sin regresar a ver siquiera, dejando a la fiera que corra detrás de mí, tascándome los talones, sintiendo el hálito del deseo en la nuca. Si tropiezo caeré sobre su cuerpo en entrega. Una vez más me dejaría devorar por la pasión, pero en ningún caso por el misterio, constante, del amor.

¿Por qué no me has llamado?, susurraba Clara en mi oído. ¿Quedamos en que nos veríamos!

Yo estaba sentado —ya lo dije— en la terraza de un café en Place des Vosges. Como no sabía qué decir, para salir definitivamente del compromiso, pues discutir o charlar del tema de para qué hacer el amor si ya se ama y otras dislocadas teorías no me interesaba, yo lo había dicho así por decir, para salir del paso, para romper la monotonía de la madrugada, no había pensado ni en lo que decía siquiera. Fue como si otra persona lo hubiera dicho por mí. A veces siento que es así. Existe una forma de desdoblamiento, como si otra persona, en lo caluroso de la discusión o del tema, se hiciera presente, tomara posesión de mi cuerpo y mente diciendo yo te ayudo a salir del paso.

Hay veces que quiero decirle ¡cállate!. Claro, como es normal, me tomarían por el hombre que oye voces en el cerebro. ¿Mejor callar, callar, o dejarse invadir por el que me provoca?

Lo que pasa, dije mirando directamente a los ojos de Clara y a la vez tomando sus manos entre las mías, es que vivo excesivamente enamorado de ti. Vives en mí, te pienso a cada instante. Sin necesidad de estar contigo, vivo el dulce tormento de la separación y el agradable elixir del olvido. Te he sublimado tanto que... de tanto amarte creo que estoy volviendo a alcanzar lo que un día denominé «la forma más perfecta del amor abstracto». Ya me pasó una vez: no quiero volver a jugar con mi vida.